

fomentaban el ingreso de elementos indignos en la clase episcopal; de suerte que Silvestre II iba á parar á las reformas que se esforzaban por conseguir los cluniacenses. La realizacion de tales ideas debia cambiar radicalmente las relaciones existentes entre el pontificado y el imperio, pues era un absurdo que mientras se reconocia la supremacia de la autoridad episcopal sobre todos los príncipes laicos, el mas elevado de los obispos hubiera de verse, como últimamente habia sucedido, confirmado en su cargo por el emperador. Creíase, sin embargo, poder salvar esta contradiccion y entronizar el órden de cosas deseado por Dios, dando al imperio un carácter religioso, encarnando en el emperador y en el papa la autoridad de representantes de un poder único é indivisible y haciendo marchar unidos al Estado y á la Iglesia. Con esto se creia que desaparecerian los antiguos límites que entre el poder espiritual y el temporal existian: entre el imperio y la Iglesia no habria ya terreno fronterizo; las leyes



Sello imperial de Oton III

canónicas y las políticas coincidirían y se implantaría en la tierra el Estado de Dios que San Agustín habia concebido y cuya imagen halagaba y encadenaba cada día con mas fuerza á los ánimos exaltados. En este círculo de ideas vivía y se agitaba Silvestre II y en él tambien se movía el pensamiento del joven emperador: ambos se disponian entonces á transformar en este sentido el órden de cosas existente.

Así en la conducta personal como en el modo de gobernar de Oton III se realizó desde entonces un cambio notable, aumentándose en él extraordinariamente la intensidad de las tendencias universales, que pronto amenazaron acabar con las nacionales y establecer una igualdad desconsoladora. En Oton III, hijo de una griega y de un sajón, en cuyas venas circulaba una gran parte de sangre extranjera heredada de su madre borgoñona-italiana, discípulo del erudito griego Juan y del fanático Bernwardo, amigo íntimo del bohemio Adalberto y correligionario del francés Gerberto, quedaron sofocadas las ideas de nacionalidad para confundirse en las ideas del imperio y de la Iglesia universales. De la misma manera que la encontraba dentro de sí buscaba para su imperio y para sus pueblos la unidad en mas altas esferas y se consideraba llamado á realizar las profecías del pasado y á crear y gobernar el último imperio universal que completaba el desenvolvimiento del universo y que debia ser el reinado de Dios. En esto veía mas bien una mision altamente eclesiástica que la de un soberano de la tierra; por eso su gobierno tomó formas canónicas y él, como intermedio entre Dios y sus pueblos, se esforzó por hacerse

apto y digno para desempeñar sus sagradas funciones haciendo una vida religiosa y ascética y observando una conducta de verdadero santo. De repente, como si huyera del mundo al cual queria gobernar, se retiraba á algun sitio solitario para prepararse, por medio de penitencias, flagelaciones, ayunos, mortificaciones, peregrinaciones y demás prácticas de la disciplina eclesiástica, á llenar la alta mision que Dios le habia confiado. Todos los actos de fanatismo que la Iglesia de aquel tiempo engendraba, todos los practicó el joven emperador. Aconsejado habitualmente por Odilon de Clugny, y como si se sintiera atacado de repentinos remordimientos y si desesperara de su dignidad, visitaba la soledad del penitente San Nilo de Grotaferrata, junto á Gaeta, ó marchaba con algunos confidentes á la isla solitaria de Pereum, en los pantanos de Rávena, para volver, cuando creía haber hecho suficientes actos de devocion, á adornarse con las galas de oro de la soberanía terrenal, para embriagarse de nuevo con los placeres del poder universal que creía puesto en sus manos y envaneceerse, en su especie de endiosamiento, de ser la cabeza visible del imperio de Dios sobre la tierra. Este imperio de Dios sobre la tierra se presentó á los ojos de la humanidad admirada con un gran número de fantásticas exterioridades. Roma, que gracias á la Iglesia era el centro del mundo, se presentaba nuevamente, bajo el punto de vista exterior y político, en posesion de sus antiguos derechos. Desde la ciudad eterna, en la cual residian el papa y el emperador, iguales en categoría, formando una unidad puesta al frente del universo, pensaba Oton gobernar el imperio de Dios y queria establecer la residencia de su soberanía en las alturas del Aventino, donde se levantaban en otro tiempo los magníficos palacios de los emperadores romanos. Cuanto mas oscuros, indeterminados y hasta inconcebibles se mostraban en los asuntos de gran importancia práctica estos proyectos, que se perdían en lo inconmensurable, tanto mas mezquina y lastimosamente se disponian las formalidades incidentales que con solemne prolijidad descendian hasta los menores detalles. En la corte del joven sajón se introdujo el lujo anti-aleman, impropio de Occidente e eminentemente oriental, con todas sus severas ceremonias, para lo cual sirvió de guia la minuciosa obra de Constantino Porfirogénito sobre los usos de la corte bizantina. No distaba mucho este proceder de la conducta seguida por el emperador Diocleciano, que tanto habia repugnado á los cristianos; pues si este, adornado con los atributos de Júpiter, se habia hecho adorar como Sér Supremo, á la sazón aquel joven de veinte años que se llamaba «siervo del apóstol» para luego llamarse ó hacerse llamar, como el antiguo romano César, emperador Augusto, «emperador de emperadores», hacia mas altisonante su título adornándolo con los calificativos de romano, itálico y sajón, con lo cual daba idea de hazañas que no habia realizado, vestía una túnica fantástica en la que estaban representados los signos del Zodíaco y se envolvía en un manto adornado de imágenes apocalípticas que denunciaban á primera vista la presuncion del que lo llevaba. Todo era entonces simbólico; en todas las prendas, hasta en los guantes que llevaba el emperador, habia alguna alegoría mística referente al imperio de Dios y á su cabeza visible. Las formas sencillas y patriarcales de la corte, que en tiempo de Oton I tenian muchos puntos de semejanza con las propias del hogar de un noble y rico sajón, fueron substituidas por un pomposo ceremonial bizantino con una serie de empleados cuyos nombres extranjeros demostraban que solo se trataba de una fórmula extraña á los que tales cargos desempeñaban, á la cual solo se amoldaban aparentemente y á la cual la mayor parte de ellos eran completamente extraños. Los nombres con que se de-

signaban los antiguos oficios alemanes se convirtieron en pomposas denominaciones semi-romanas, semi-griegas: el intendente se llamó *protovestiario*, los obispos del consejo imperial *logotetas*, y al lado de ellos figuraban los que llevaban antiguos nombres romanos, tales como *magistri* y *comites imperialis militiae*, generales del ejército imperial, entre los cuales habia los *protospatharii*, coroneles imperiales, un *praefectus navalis*, almirante que no mandaba ninguna escuadra, como los otros no mandaban tampoco ningun ejército ni ningun regimiento. Creáronse, pues, una multitud de dignidades que solo de nombre lo eran, que no se avenian con la realidad de las cosas y que al tratarse de ponerlas en armonía con ella descubrían la contradiccion existente entre lo ideal y lo real. No veía este antagonismo el fanático y místico emperador, el cual vivía en la creencia de que la confusion de la soberanía religiosa y temporal y la amalgama de las formas occidentales y orientales, cristianas y paganas, que él habia realizado en su persona, bastaban para operar igual evolucion primero en su corte, luego en la ciudad que para asiento de su soberanía habia elegido, y por último en los países y pueblos á su dominacion sometidos, con lo cual se hubiera realizado el ideal que acariciaba. Sus innovaciones afectaron, pues, tambien al modo de ser de la ciudad eterna, que estaba llamada á grandes hazañas. Al frente de su gobierno puso á los jueces palatinos (*judices palatii ordinarii*) que, en el número místico de siete, eran sacerdotes con funciones esencialmente laicas que habian representado un papel importante en el acto de la ordenacion del emperador, acto con el cual se sustituía la coronacion, y que debían influir en la eleccion de papa. Los individuos que por su categoría ocupaban los primeros puestos de este colegio (el *primicerius* y el *secundocerus*) eran en cierto modo los auxiliares del emperador, á cuyos lados cabalgaban, y con el cual parecían gobernar. El *primicerius*, jefe de la administracion de justicia, nombraba para cada tribunal siete jueces. La conservacion del órden en la ciudad estaba en manos del patrio, y el encargado de conservarlo en el territorio municipal era el prefecto. De esta suerte, en tiempo de Oton III existía una sombra del antiguo imperio romano con los antiguos nombres y las antiguas formas, aunque sobre un fondo extraño y oscuro que no se avenía ni con unos ni con otras. Esta organizacion religioso-secular del Estado y de la Iglesia, este imperio-pontificado que reflejaba el antiguo romano y el bizantino, con sus colores, formas y números secretos, era el que se trataba de imponer al mundo: enfrente de él, sin embargo, se levantaba el derecho que tenian las naciones á conservar y desenvolver su existencia histórica propia é independiente. No era pura fórmula ceremoniosa el hecho de haber el emperador entregado á los jueces palatinos el Código de Justiniano ordenándoles que lo aplicaran en Roma, en la ciudad de Leon y en toda la tierra. El vivir conforme al derecho romano era un privilegio y un honor que el emperador concedía á algunos con solemnidad extraordinaria: el derecho aleman, que era el del vencedor, fué menos estimado, y Oton III previó, sin duda, que se acercaba el tiempo en que este seria reemplazado en todos sus dominios por el derecho imperial romano. La inscripcion: *Renovatio Imperii* (renovacion del imperio) que se lee en un sello imperial de aquel tiempo, debe ser tomada al pié de la letra, y en el versículo que en el mismo sello se lee y que dice: *Roma caput mundi regit orbis frena rotundi* (Roma, cabeza del universo, empuña las riendas en toda la redondez del orbe), se formula el programa á cuya realizacion debia coadyuvar todo aquel fantástico aparato.

Cuando todavía no se veían los últimos fines de esta política fantástica, Silvestre II, que no sin intencion alimentaba

estas tendencias excéntricas del joven emperador, le sugirió la idea de una lucha contra los infieles y le aconsejó llevara á cabo la cruzada proyectada por su padre. Para la «renovacion del imperio», lo primero que se hacia necesario era introducir en las demás partes del imperio, y sobre todo en Alemania, el órden de cosas que se habia implantado en Roma y en su territorio. Precisamente entonces habian fallecido las dos ilustradas representantes de la antigua forma nacional del imperio de los Otones, y Oton III podia libremente llevar á cabo sus proyectos. En febrero del año 999 murió en Quedlinburgo la abadesa Matilde, la digna hija de Oton el Grande, que durante la larga ausencia de su sobrino habia empuñado con fuerte mano las riendas del gobierno y á la cual se debia no solo el que al Norte de los Alpes se conservara incólume el órden de cosas establecido sino el que se hubiese reanudado con energía y éxito extraordinarios la lucha contra los wendos. A fines del mismo año falleció en Salz (Alsacia), despues de haber hecho una excursion por la Bor-



Sello real de Oton III

goña, Adelaida, la abuela del emperador, de la cual permanecía este alejado por un antagonismo que se habia aumentado considerablemente durante los últimos años. Ya se comprenderá que la emperatriz Adelaida, que conservaba las tradiciones de la política de su esposo, no podia seguir la senda por que caminaba lleno de arrogancia su nieto. Al tener noticia de que morían repentinamente, uno despues de otro, algunos de los consejeros íntimos del joven emperador, compañeros cotidianos de su fantástica vida, manifestó el temor de que Oton sufriera pronto igual suerte, temor que pudo ser considerado como profético, pues no tardó mucho en verse realizado. Poco tiempo despues presentóse Oton III en Alemania, rodeado de su nueva corte romano-bizantina y de todo el aparato de su soberanía. En el rudo y laborioso Norte pareció verdaderamente el emperador un extranjero, ignorante del estado y de las costumbres del país, sin voluntad ni aptitud para comprenderlas, y completamente ajeno á la region que habia sido la cuna y el origen del poder de su familia. Su presencia produjo sorpresa y malestar, pero el desencanto fué completo cuando se vió que despues de una corta permanencia en Alemania, regresó de nuevo á Oriente para ir á orar ante la tumba de su amigo Adalberto de Praga, que habia muerto como mártir del Evangelio. El joven emperador no solo habia olvidado todas las tradiciones de su patria y de su familia, sino que habia emprendido con toda su alma una senda que le llevaba á ser enemigo de los intereses de su país y de su pueblo y á inutilizar los esfuerzos que en pro de los verdaderos intereses nacionales habian hecho sus antecede-

sos. Sus fantásticas ideas políticas, que le obligaban a traspasar los límites de la vida nacional, hicieron de Oton III el enemigo del porvenir nacional de su pueblo. Llevado de su ciega adoración hacia su amigo bohemio, fundó en el punto en que yacía enterrado un arzobispado, del cual dependían algunos obispados sufragáneos en el número místico de siete; con lo cual destruyó los fundamentos de la magnífica creación de su abuelo en el Elba, cortó el camino por el cual Magdeburgo debía extenderse hacia el Este, impidió la subordinación proyectada de los territorios eslavos, desde el Elba hasta el Vístula y aun más allá, a la Iglesia alemana, y dió al desmembrado y arruinado mundo eslavo lo que hasta entonces le había faltado principalmente, es decir, el centro espiritual desde el cual podía ser dirigido. En efecto, este centro le permitía unirse y formar nación, participar, sin intervención de Alemania, de las ventajas de la civilización romano-elesiástica, y sacudir, con el tiempo, el yugo del imperio alemán; pues en honor de la nueva fundación y del santo cuyo sepulcro constituía el centro de la archidiócesis, se relevó al duque Boleslao de Polonia, que había hecho un entusiasta recibimiento al emperador, del tributo que hasta entonces había tenido que pagar a Alemania. Además, Oton III, dejándose llevar de su afición a las nimiedades de las antiguas fórmulas y nombres romanos, le confirió el pomposo título de amigo y aliado del imperio romano; y de todo esto sufrieron las consecuencias la Iglesia, los nobles y los colonos alemanes. Hasta qué punto tal conducta causó dolorosa impresión, hasta qué punto encolerizó a los alemanes la violación de las tradiciones de la raza sajona y de la casa ducal de los Ludolfingos, y hasta qué punto se hizo responsable a Oton de todas las desgracias del porvenir, nos lo demuestra suficientemente la indignación con que después un pariente de la familia imperial, el obispo Thietmar de Merseburgo, habla de estos sucesos y califica la conducta de Oton de pecado que solo a Dios era dado perdonar. Esta manifestación demuestra, al propio tiempo, el antagonismo en que Oton III por causa de su política se puso con el episcopado alemán, el cual, unido por estrechos lazos a su nación, no estaba dispuesto a tolerar que para favorecer a Roma se emanciparan de su autoridad mas territorios. Lo que había acontecido con Polonia se reprodujo, al poco tiempo, en Hungría: Silvestre II concedió a Esteban el Santo, el amigo de los cristianos, la corona real como gracia otorgada por San Pedro, y creó el arzobispado de Gran, con lo cual la organización eclesiástica de Hungría y de sus dependencias quedó independiente de la Iglesia alemana y especialmente de Salzburgo y de Passau, y así la Iglesia alemana experimentó una pérdida de consideración.

Otra circunstancia enemistó cada vez más al episcopado alemán con el nuevo orden de cosas, obligándole a hacer vivísima oposición a Oton III. Los obispos alemanes, que como columnas del poder del imperio habían ayudado a Oton I a someter y dominar al pontificado, no estaban dispuestos a perder la posición independiente que desde entonces habían adquirido respecto de Roma ni a doblegarse ante los principios contenidos en las falsas decretales de Isidoro. Gregorio V y Silvestre II tenían en estas su punto de partida y consiguieron, con el apoyo del emperador, que fueran reconocidas y aplicadas así a los asuntos civiles como a los eclesiásticos. Oton III, con su adhesión a la Iglesia, y con la confusión de los poderes imperial y pontificio,—formando un imperio-pontificado que, uno en el fondo, estaba representado por dos personas,—puso en tela de juicio las bases del imperio y de la constitución por que entonces este se regía, y se enemistó con los hombres que en otro tiempo le habían salvado la corona imperial y habían ayudado poderosamente al triunfo de la legitimidad, seriamente amenazada. El hecho

del rompimiento que en definitiva ocurrió entre Oton III y un hombre de la importancia y de los servicios de Willegis es la más contundente condenación del sistema seguido por el emperador.

Antes de regresar a los países meridionales, a los cuales tanta afición mostraba, hizo Oton aquella visita a la tumba de Carlomagno que puso nuevamente de manifiesto sus fantásticas aficiones. Acompañado del conde de Lomello, su porta-espada, descendió hasta el sepulcro, que cerrado con mármol y cal existe en la catedral de Aquisgran. Acerca de este notable episodio tenemos una narración debida indudablemente a los datos que proporcionó el mismo conde. Como si todavía viviera, estaba el poderoso emperador sentado en un trono, con la corona en la cabeza y el cetro en una de sus manos, calzadas con guantes. El cadáver, a excepción de la punta de la nariz, no estaba descompuesto: el emperador reparó con una pieza de oro este defecto; mandó poner nuevas vestiduras blancas a aquel cuerpo inanimado, y hecho esto, y después de haberse quedado como reliquia con un diente del emperador, cerró otra vez el sepulcro. Esta indiscreta visita con que el joven soñador turbó la paz del sepulcro del gran emperador fué duramente calificada, pues con ella se sintió el pueblo profundamente herido en sus sentimientos. Esta impresión se refleja en la creencia popular de que Carlomagno se apareció en sueños a Oton III anunciándole que moriría sin hijos. Poco tiempo después, dirigióse Oton de nuevo a Italia, a donde le llamaba con urgencia el papa, que se veía seriamente amenazado. El joven emperador no debía volver a ver la Alemania.

El sueño de Oton III de dominar el mundo desde Roma y sentado en el trono del palacio que había construido en el Aventino, restaurando las antiguas fórmulas romano-bizantinas y estableciendo en unión con el papa el imperio de Dios sobre la tierra, sufrió en breve terribles desengaños. La soberanía imperial en la Baja Italia no existía ya: Capua, Benevento, Nápoles, Gaeta y Salerno se habían sublevado, sacudiendo el yugo de los gobernadores imperiales. También se había rebelado la pequeña Tívoli, pero después de un largo sitio que le pusieron las tropas imperiales, imploró la gracia de Oton. El hecho de haberla este otorgado su perdón indignó a los romanos, que esperaban ver para siempre consumada la ruina de la odiada ciudad vecina, y en febrero del año 1001 se sublevaron, poniendo en grave apuro al emperador, que sin la guardia necesaria habitaba en el Aventino. La oportuna llegada de Hugo de Tuscia y del duque Enrique de Baviera pudo, sin embargo, conjurar el peligro que amenazaba, y la tranquilidad quedó restablecida después de un apasionado discurso que el emperador dirigió a los conjurados acusándoles de ingratitud hacia él, que por su causa había renegado de su pueblo y de su patria. Con este discurso y con la energía que desplegó enalteciendo la majestad imperial, pudo al fin imponerse. Oton se forjaba ilusiones concibiendo descabellados planes; la conquista de Italia y la renovación de la alianza con la corte bizantina, donde pensaba encontrar esposa, ocupaban siempre su pensamiento. Para este objeto, entró en relaciones con Venecia, que entonces iniciaba en el mar Adriático la que después había de ser su soberanía de los mares, é hizo una visita secreta, en la cual le acompañaron muy pocos, al sabio dux Pietro Orseoli. Cuando, a principios del verano, pensaba dirigirse nuevamente hacia la Baja Italia, estalló una nueva conjuración de los desleales romanos. La devastación de los territorios que se extendían al rededor de la ciudad no causó en ellos impresión alguna: Roma continuaba resistiéndose cuando Oton, después de haber dejado en observación una parte de su ejército en Paterno, al pié del monte Soracte, se



Pintura del Evangelario del emperador Oton III, que se conserva en la Biblioteca real de Munich. (Representa al emperador en su trono rodeado de individuos del clero y de la nobleza. Cuatro mujeres, representando Esclavonia, Germania, Galia y Roma, acuden a ofrecer tributos al emperador.)